

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 6, Diciembre 1997

El mosquito

Corina Elena Schvindlerman

p. 145

El mosquito

Corina Elena Schvindlerman

Bzzz bzzz... vvvvvvZZZZZZ

¡Amo volar! No hay mejor placer que el deleitable zigzaguar por los aires. Dispongo de espacio para inventar mil piruetas y acrobacias. Me hamaco en todas direcciones y elijo azarosamente el rumbo de una ruta exenta de otro obstáculo que no sean lámparas colgantes. El tiempo discurre en movimientos fluctuantes y con mi cuerpo elaboro formas superpuestas unas a otras en garabatos geométricos, que el arte abstracto sabría, justificadamente, envidiar.

Planeando, por momentos, me siento libre al mando del timón de mi destino, pero sé que los vientos que conducen mi nave cohiben mi presumida impresión de ser el dueño de mi condición. Soy consciente de que hay determinados conocimientos que entristecen. Y éste, es uno de ellos. Porque no siempre estar al tanto de determinada verdad es bueno, no siempre comprender es positivo, a veces el entendimiento es perjudicial. Por eso, puedo sentirme emancipado, pero también puedo percibir el código superior que impone su voluntad sobre mí. Desearía vivir sólo para volar. Si lograra fusionar vida y vuelo en un mismo concepto... ¡Sería tan feliz!

Pero mi anhelo queda confinado ante la realidad inmodificable de que no nací sólo para disfrutar. Tengo que atender necesidades que son, si bien menos filosóficas y trascendentales, inevitables. Llanamente, debo comer. Conozco el riesgo implicado en tal tarea, siendo que nací en una ciudad y mi fuente de alimento y procreación es sangre humana. Difícil de creer, pero es difícil ser mosquito civil.

Bbbzzzz... A veces, me aparto del placer aéreo y me detengo a reflexionar en el reposado apoyo que ofrece la uniforme estructura de alguna pared. Mi vida es circular, tanto al volar, como al vivir la cíclica rutina que propone mi realidad.

También me gusta zumbiar. Cuando me envuelve el silencio, suelo aplicar un divertido ritual.

Contengo el aire y lo suelto de a poco, emitiendo un sonido enfadoso, que sabe irritar los nervios hu-

manos. Eventualmente, extendiendo en el aire las notas agudas que brotan de mi felicidad, moldeando el chillido más potente que soy capaz de emitir. Y me regocijo danzando al compás de los pentagramas invisibles que se balancean con mi canción... y soy feliz, feliz... Zumbo y vuelo, canto y revoloteo, vivo y me siento vivo... ¿Qué más puedo esperar?

Pero cuando el hambre se hace escuchar, mis aventuras cesan y mi conciencia lee el alerta que anuncia el peligro que me acecha. Me consuelo con mi vasta experiencia. Es necesario agudizar los sentidos, y buscar la zona corporal que emane más calor. Aterrizar, plegar y acomodar mis alas, y proceder al pinchazo. Ni bien me siento satisfecho, emprendo la retirada, sin olvidarme de hacerlo zumbando, ya que siempre zumbo cuando estoy feliz.

Me tengo confianza, soy experimentado, pero con el tiempo aprendí que nunca es suficiente el coraje cuando está en juego lo más importante: la vida. Sin embargo... no me queda más remedio que, simplemente, intentar sobrevivir.

Bbbbbzzzz... Entonces, una vez más, me rasco el pico, lo afilo y enfilo hacia una apetitosa porción de piel.

Encuentro una zona prometedora y mientras el proceso de absorción proteínica tiene lugar, yo pienso en lo hermoso que es volar.

De repente, elevo la vista, distraído, y veo una mancha beige permutando en un colosal meteoro que se precipita a velocidad desmesurada hacia mí. Detengo la succión para confinar mi atención a mi fin aparente. El pánico me atraganta con la misma sangre que tan complaciente consiente en mantenerme en vida, y perfidiosamente, conspira quitármela. Extraigo el pico de la revoltosa corriente sanguínea con la máxima agilidad que la velocidad de mis movimientos permite. Me propongo escapar, una vez más, pero ya es tarde. El bloque macizo se aproxima hacia mí con el impulso y la fuerza singular de las tragedias.

¡Plaffffff!